

Para alabar al Dios Trinidad, podemos usar esta fórmula que añadimos al final de todos los salmos.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.  
Como era en el principio, ahora y siempre,  
por los siglos de los siglos. Amén.

En casa de muchos cristianos es costumbre rezar antes de comenzar las comidas.

Y agradecer el alimento compartido, al acabar la comida.

Te bendecimos, Señor,  
por el alimento que nos das.  
Ya que compartimos  
una misma mesa,  
haz que nos amemos  
como hermanos.

Gracias, Señor,  
por el alimento  
que nos has dado.  
Haz que con todos  
sepamos imitar  
tu generosidad.



Y antes de ir a la cama, solemos encomendar nuestro descanso al Señor.

Sálvanos, Señor, despiertos,  
protégenos mientras dormimos,  
para que veamos con Cristo  
y descansemos en paz.

El Señor todopoderoso nos conceda una noche tranquila  
y una muerte santa. Amén.

Centro de Pastoral Litúrgica

Los cristianos hacemos la señal de la cruz con esta invocación (al empezar el día, cuando nos vamos a la cama, o al salir de casa, o al iniciar la Eucaristía).

En el nombre del Padre  
y del Hijo  
y del Espíritu Santo.  
Amén.

# Oraciones de los cristianos

Jesús enseñó esta oración cuando sus discípulos le preguntaron cómo tenían que rezar. Cuando la decimos por la mañana, encomendamos el día al Padre al decir: "no nos dejes caer en la tentación". Al atardecer, la volvemos a rezar, y nos comprometemos con nuestros hermanos y hermanas al decir: "perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos".

Padre nuestro, que estás en el cielo,  
santificado sea tu nombre;  
venga a nosotros tu Reino;  
hágase tu voluntad  
en la tierra como en el cielo.  
Danos hoy  
nuestro pan de cada día;  
perdona nuestras ofensas,  
como también nosotros perdonamos  
a los que nos ofenden;  
no nos dejes caer en la tentación,  
y líbranos del mal. Amén.



Es costumbre antigua saludar a María, la Madre de Dios. Y hacerlo con las palabras del ángel Gabriel (Lucas 1,28) y de Isabel, la prima de María (Lc 1,42).

Dios te salve, María,  
llena eres de gracia;  
el Señor es contigo.  
Bendita tú eres  
entre todas las mujeres,  
y bendito es el fruto de tu  
vientre, Jesús.  
Santa María, Madre de Dios,  
ruega por nosotros, pecadores,  
ahora y en la hora  
de nuestra muerte. Amén.

También es costumbre invocar a Santa María al mediodía y al atardecer con el canto de la "Salve, Regina".



Dios te salve,  
Reina y Madre de misericordia,  
vida, dulzura  
y esperanza nuestra,  
Dios te salve.  
A ti llamamos  
los desterrados hijos de Eva;  
a ti suspiramos,  
gimiendo y llorando  
en este valle de lágrimas.  
Ea, pues, Señora,  
abogada nuestra,  
vuelve a nosotros  
esos tus ojos  
misericordiosos;  
y después de este destierro,  
muéstranos a Jesús,  
fruto bendito de tu vientre.  
¡Oh clementísima, oh piadosa,  
oh dulce Virgen María!

Yo confieso  
ante Dios todopoderoso  
y ante vosotros, hermanos,  
que he pecado mucho  
de pensamiento, palabra,  
obra y omisión.  
Por mi culpa, por mi culpa,  
por mi gran culpa.  
Por eso ruego a santa María,  
siempre Virgen,  
a los ángeles, a los santos  
y a vosotros, hermanos,  
que intercedáis por mí  
ante Dios, nuestro Señor.

Este "Credo", que recitamos o rezamos en la misa, es uno de los más antiguos resúmenes de la fe cristiana.

Creo en Dios,  
Padre todopoderoso,  
creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo,  
su único Hijo, nuestro Señor,  
que fue concebido por obra  
y gracia del Espíritu Santo,  
nació de santa María Virgen;  
padece bajo el poder  
de Poncio Pilato,  
fue crucificado,  
muerto y sepultado;  
descendió a los infiernos,  
al tercer día resucitó

de entre los muertos,  
subió a los cielos  
y está sentado a la derecha  
de Dios, Padre todopoderoso.  
Desde allí ha de venir  
a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo,  
la santa Iglesia católica,  
la comunión de los santos,  
el perdón de los pecados,  
la resurrección de la carne  
y la vida eterna. Amén.

Al inicio de la misa, nos reconocemos pecadores con esta oración.

